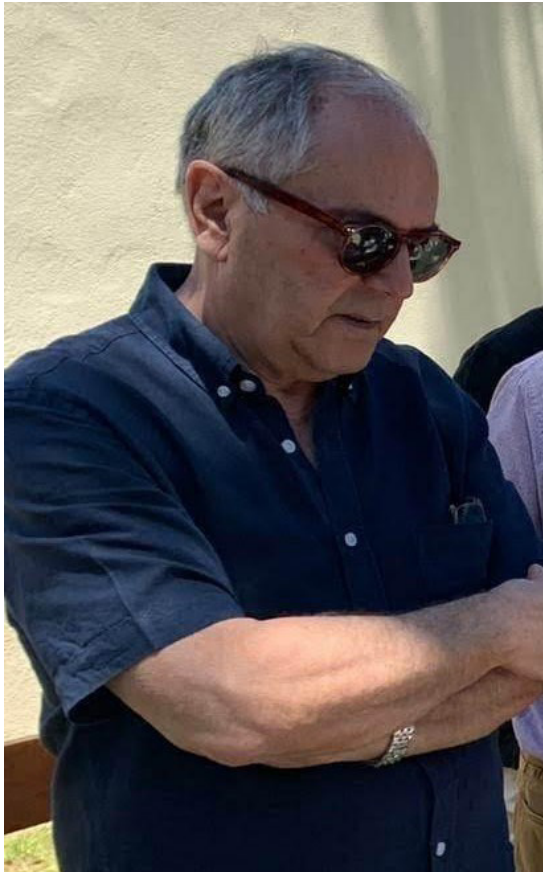


Víctor Hurtado Pérez (1950-2024)

Enrique Cerrillo Cuenca

Unidad Docente de Prehistoria. Dpto. de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología.
Universidad Complutense de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.98806>



Fotografía cedida por la familia de Víctor Hurtado

El pasado 7 de septiembre falleció Víctor Hurtado Pérez. Su pérdida arranca un pilar del extenso espacio de la Prehistoria reciente del suroeste peninsular, a cuya investigación Víctor tanto esfuerzo dedicó. Las rojizas y calmas planicies agrícolas de su natal Tierra de Barros, el monótono discurrir del Guadiana o los encinares de la Sierra de Huelva —matices de una misma matriz— constituyeron el fondo de su incesante actividad arqueológica. Porque solo cuando se disecciona una

vida académica se aprecia la riqueza de sus partes, puede decirse que Víctor Hurtado fue bastante más que La Pijotilla, el yacimiento con el que injusta facilidad le podríamos identificar.

Desarrolló su carrera profesional en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, al que se incorporó en 1976. De la mano de la profesora Pilar Acosta realizó su tesis doctoral sobre las relaciones culturales del yacimiento de La Pijotilla, próximo a su localidad natal. La defendió en un momento en el que los estudios sobre el Calcolítico del suroeste eran apenas esbozos, trazos gruesos y dispersos en los que era difícil componer un orden y encontrar lógicas. Su labor pionera, pero sobre todo prolongada, convirtió a La Pijotilla en una referencia del Calcolítico peninsular, décadas antes de que la investigación en sitios como Perdígões o Valencina de la Concepción alcanzaran su merecido protagonismo. La delimitación de los fosos permitió estimar la superficie del asentamiento en unas nada desdeñables 80 hectáreas, convirtiéndolo durante décadas en una solitaria anomalía en el Calcolítico peninsular. Es relevante este hecho, pues la interpretación de los fosos de La Pijotilla permitió la comparación con otros recintos que surgieron con posterioridad, lo que de alguna manera haría fructificar más tarde las conexiones de esta tipología de asentamientos con los de otras regiones europeas.

Hurtado fue consecuente con los problemas de la investigación y diseñó estrategias de trabajo eficaces para abordarlos, empleando todas las herramientas de análisis territorial que tenía a su disposición. Desde finales de la década de 1980 hasta la de 2000 realizó prospecciones superficiales sistemáticas tanto a escala de sitio como de territorio, cuando los proyectos que usaban esta metodología eran aún pocos y se habían desarrollado bajo condiciones muy

concretas. Aplicó la fotografía aérea oblicua, además de la de infrarrojos, en la documentación de asentamientos, décadas antes de que todo proyecto de investigación contara con al menos un par de drones. La detección de los fosos de La Pijotilla fue posible mediante estas herramientas, que tardarían en generalizarse en el estudio de otros sitios similares.

El conjunto de resultados alentó una nueva lectura de las dinámicas del poblamiento calcolítico de la cuenca del Guadiana, pues por primera vez aportaron datos recogidos de forma pautada y no sesgada y casual. El mismo modelo de prospección sistemática se aplicaría además en la ribera de Huelva, con objeto de los proyectos desarrollado en el entorno de El Trastejón. Estos trabajos mostraron un deslumbrante mosaico de variaciones de densidades de ocupación, de patrones de asentamiento y tipologías, que de otra forma hubieran pasado desapercibidos. Las más de doscientas localizaciones identificadas en la cuenca del Guadiana dan cuenta de la intensidad e importancia del trabajo realizado, del territorio cubierto y del enfoque integral con el que Víctor Hurtado concebía la investigación de la Prehistoria reciente.

Relacionó los datos de poblamiento afanosamente recolectados con las distintas unidades del paisaje hasta realizar una propuesta de organización territorial del área central del Guadiana medio durante el Calcolítico, que tenía a La Pijotilla como el centro de un entramado de asentamientos distribuidos en su entorno. Sin embargo, nunca consideró que la aparente jerarquización de los asentamientos tuviera su causa en la emergencia de un modelo socio-político de desigualdad vertical, línea que otros investigadores de su entorno sí asumían. Los nuevos proyectos, pero sobre todo la información procedente de la arqueología preventiva incrementaban —me atrevería a decir que de forma anecdótica— los datos de poblamiento. La nueva información le permitió matizar y actualizar sus propuestas. Así, hace poco tiempo le suponía un desafío integrar en una explicación coherente los nuevos recintos dados a conocer en las inmediaciones de Almendralejo y Solana de Los Barros, de los que tan poco sabemos aún. Me gustaría resaltar este hecho, porque uno de los aciertos de Víctor fue el ejercicio de una crítica, amable y sincera con sus colegas, pero aplicada con facilidad a sus propias ideas, que adaptaba sin forzarlas a las nuevas realidades que se le fueron presentando.

En Huelva analizó el modelo territorial del poblamiento de inicios de la Edad del Bronce con motivo de la excavación de El Trastejón,

que se acompañaría de excavaciones parciales en sitios próximos y una detallada lectura territorial. Esta información constituye una de las pocas referencias que conocemos para el Suroeste peninsular, en un momento de transformación cultural como fue la Edad del Bronce. Excavó además en El Gandul, en la necrópolis de Guadajira, en Palacio Quemado, en Las Mesas o en Papúa 2, muchas veces compartiendo responsabilidades con colegas y discípulos. Finalmente, en los inicios de la década de 2000 tuvo la fortuna de poder realizar una nueva contribución al estudio de los grandes poblados del Suroeste con motivo del plan de minimización de impactos de la construcción del embalse portugués de Alqueva. Al equipo que coordinaba se le encomendó la excavación de un pequeño promontorio de la margen izquierda del Guadiana, San Blas, ocupado por un pequeño asentamiento calcolítico. La aparentemente discreta ocupación resultó ser la parte más elevada de un extenso poblado rodeado por un complejo dispositivo defensivo formado de foso y muralla que se desarrollaban a lo largo de un formidable recorrido de dos kilómetros. Sin duda no fue un proyecto fácil, pero la excepcionalidad de sus resultados supuso un giro a la forma en que explicamos la formación de estas agregaciones de población calcolíticas en el área internacional del Guadiana. Y yendo más allá, transformó el proyecto en una auténtica escuela de Arqueología de campo en la que se formaron varios de sus discípulos, hoy colegas.

Uno de los asuntos que aparece en sus primeros artículos fue el análisis de los ídolos, de los que el yacimiento de La Pijotilla había ofrecido una colección única en el contexto del calcolítico peninsular. A ellos fue retornando ocasionalmente, hasta sus últimos artículos. Una de sus aportaciones fue tratar de explicar la distribución territorial de los ídolos, antes que su tipología. Víctor Hurtado entendía que, pese a una comunidad de atributos que presentan estas piezas, subyacían otros específicos susceptibles de estudiarse como la materialización de tradiciones locales. El análisis de la minería y la metalurgia del cobre, junto a la gestión de otros recursos abióticos, fueron también temáticas transversales sobre las que dirigió proyectos de investigación y publicó varios trabajos con un equipo que había creado, cada vez más eficaz y especializado.

Víctor también se preocupó de forma activa por la renovación de planteamientos en su campo de investigación. La secuencia del Neolítico Final y el Calcolítico del suroeste peninsular se había organizado en la reunión de

Setúbal de 1978. Pero algo más de una década después quedaba claro que esos moldes eran demasiado livianos para soportar la carga conceptual que se le comenzaba a atribuir al Calcolítico. Sabedor de esta cuestión, en 1990 Víctor Hurtado organizaba la “Reunión de Calcolítico en la península ibérica”, publicada cuatro años después. En ella recogió el parecer de investigadores jóvenes y consagrados para asentar nuevas bases de estudio. Pero si algo relumbra en el volumen es el vivo y efervescente debate —difícilmente alcanzable hoy—, que quedará como atípica muestra de la capacidad intelectual y los logros de al menos dos generaciones de arqueólogos.

Su compromiso con el territorio fue inquebrantable, por encima de las torpezas endémicas que ensombrecen el entusiasmo y que él supo gestionar con discreción, medida y elegancia. Con su propio ejemplo, y casi sin utilizar las palabras, nos reclamaba que, pese a todo, no cayésemos en el desapego y continuásemos por uno y cien vericuetos sin transitar de la Prehistoria reciente del Suroeste.

Fue en el verano de 2011, durante la última campaña de excavación que dirigió en La Pijotilla, cuando nos comunicaba a quienes le acompañábamos su decisión de retirarse de la vida académica. En aquel momento nos dejó claro que no abandonaría la investigación. Lo cumplió escrupulosamente. No paró de trabajar y colaborar en publicaciones y proyectos, con otro ritmo, con otras metas, pero

con la misma inquietud. Hace pocos meses nos contaba que preparaba láminas de materiales y revisaba planimetrías de campañas pasadas. Hablaba de la tarea pendiente con su característico entusiasmo contenido: de las repensadas murallas de San Blas, de los nuevos recintos de fosos, de los modelos de poblamiento...

Pero Víctor ha supuesto bastante más que una vida académica. De carácter amable, apacible y conciliador, contaba con el favor de una infrecuente generosidad que practicaba discretamente, sin alardes. Fueron varias las veces que nos regaló innumerables datos, tiempo, consejos y, bastantes más, su comprensión. Aunque él nunca lo reclamara, nos deja con la implacable sensación de no haberle sabido corresponder. Difícil es no reconocer esa dadivosidad en muchas formas, escalas, y tiempos de su carrera. A sus alumnos, a la investigación, a su tierra y a su *alma mater* hispalense lega mucho más de lo que recibió, más de lo que se le reconoció y —creo— más de lo que él hubiera consentido que se le reconociera.

A punto de debutar el otoño, las tierras de barros se rasgan. Surcos bermejos, paralelos, aún yermos, aún precisos. Nos falta Víctor Hurtado, y en el paisaje, añorado, anida ya un vacío persistente. El que nos deja el maestro generoso.

Madrid, septiembre de 2024